

## **Representación y narrativa escrita en El Fuerte, Sinaloa.**

Manuela Guillén Lúgigo, Blanca A.

Valenzuela, Martha Elena Jaime Rodríguez

Jesús Enríquez Acosta.

### **Introducción**

La reflexión que haremos en este trabajo, se deriva de la exploración empírica realizada en el pueblo mágico *El Fuerte, Sinaloa*, para identificar, analizar y explicar las subjetividades, recuperadas a través de las imágenes y representaciones condensadas en las narrativas de los actores locales, sobre el entorno y los sentidos del lugar (la ciudad vivida y deseada), así como sus valoraciones sobre las intervenciones e innovaciones impulsadas por el Programa Pueblos Mágicos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Promovido por la Secretaría de Turismo, el **Programa Pueblos Mágicos pretende** “revalorar a un conjunto de poblaciones del país que siempre han estado en el imaginario colectivo de la nación en su conjunto y que representan alternativas frescas y diferentes para los visitantes nacionales y extranjeros” ([www.sectur.gob.mx](http://www.sectur.gob.mx)). Los criterios de elegibilidad de un pueblo como “mágico” se refieren, en lo general, a que éste cuente con determinados atributos materiales y simbólicos, tales como recursos naturales y arquitectónicos, hechos trascendentales, historia y leyendas que pueden ser aprovechados con fines turísticos e impactar en la reactivación económica de tales localidades. El propósito central de este programa es impulsar una oferta turística innovadora y original para la demanda de cultura, tradiciones,

Dado que el lugar es portador de significados y el espacio asume en él forma de *territorio semantizado* (Oliva y Camarero 2002, 69), éste puede ser leído como *texto*, a través de los sentidos del lugar<sup>2</sup>. Las narrativas constituyen medios a través de los cuales es posible hacer legibles esos *textos* para acceder tanto a la superficie como a las profundidades de los referentes significativos y los significados que permean el imaginario social, la urdimbre que Cornelius Castoriadis (1998) identifica como el *magma de las significaciones imaginarias sociales*.

Para acceder a los sentidos del lugar, hemos partido de la consideración de que las formas de expresión de la subjetividad (oral, escrita, icónica) pueden ser tratadas como *expresiones objeto* (Paoli, 2002) que pueden ser separadas del acto expresivo y traducidas en objeto de recopilación, comparación, clasificación, a fin de establecer su *virtualidad* en relación con el sistema expresivo a que pertenecen.

Si la actividad narrativa de los miembros de una colectividad es una forma de expresar pensamientos, emociones, representaciones de sucesos, y de reflexionar sobre ellos y si, por otro lado, ésta resulta fundamental en la representación de un “yo”, de un “otro” y de una “sociedad” (Ochs 2000, 297), entonces una de las vías para acceder al significado de las acciones es la narratividad, como forma expresiva del lenguaje en sus

---

aventura y deporte extremo en escenarios naturales, así como también incentivar la demanda turística de entornos con singularidades propias de la cotidianidad de la vida rural. Se pretende, pues, que el turismo local constituya una vía para el desarrollo de las localidades incorporadas al programa con la expectativa de que se produzcan resultados que incidan en el mejoramiento de las comunidades (Ibid.).

<sup>2</sup> La noción *sentidos del lugar* permite identificar los significados que los agentes sociales atribuyen al entorno (espacio) en que se encuentran situados, a partir de su experiencia en él. Esto es, los significados atribuidos en la doble dialéctica entre el espacio y la vida social, el lugar como espacio vivido (Relph, 1976; Augé, 1992 y 1997) y representado, el lugar como productor y producto de lo social (Lindón, 2007, Oliva y Camarero, 2002). En consecuencia, cuando nos referimos a los *sentidos del lugar* aludimos a los significados que los agentes sociales atribuyen al espacio y a la experiencia en él desplegada, en su sentido más amplio. Esto es, los significados atribuidos en la doble dialéctica entre el espacio y la vida social.

distintas manifestaciones. Por ello se ha planteado que las narrativas suministran el indicio más directo y revelador de la estructura de la subjetividad y del sentido de las acciones (Ibid., 178) dado que son un elemento constitutivo de estas últimas.

La importancia de la narrativa para acceder a los significados que los agentes sociales construyen (y re-construyen) se sustenta en la dialéctica discurso-sociedad. Esto es, que si bien el discurso –en su acepción más amplia<sup>3</sup>- es un producto social, éste a su vez “es productor de la sociedad”, por lo que puede decirse que en la narrativa (oral, visual, escrita) quedan de alguna manera fijadas (encastradas) tanto las configuraciones sociales en el fluir de la historia, como el conjunto de representaciones, relaciones e identidades que se maceran en dicha producción.

Nos adscribimos a la idea de la dialéctica discurso-sociedad, que se encuentra presente en el planteamiento de Paul Ricoeur (2001, 98) cuando lanza la afirmación de que todo discurso se produce como acontecimiento pero sólo se comprende como *sentido*. Ello en virtud de que se trata tanto de actos concretos por los que la lengua (u otras formas de expresión) se actualiza en habla (u otro tipo de manifestaciones) por un locutor, como de la intención del discurso. El significado es solamente la contrapartida del significante -una diferencia en el sistema de la lengua y otros símbolos-, la intención es lo que el locutor quiere decir a través del discurso, *sea éste oral, escrito o imagético*<sup>4</sup> (Ibid.). Pero también, recuperamos la idea de Ricoeur cuando afirma que el lenguaje es inevitablemente

---

<sup>3</sup> Nos situamos en una perspectiva holista, que reconoce a la *narrativa* no sólo como flujos de signos y significados lingüísticos, sino como cualquier tipo de manifestación expresiva a través de la cual fluyen las subjetividades: manifestación oral, escrita o a través de imágenes e iconografía (fotografía, pintura, escultura, etc.).

<sup>4</sup> El fragmento en cursivas es nuestro. Con el término –del portugués- *imagético* queremos referirnos a formas de expresión y comunicación tales como la pintura, fotografía, escultura, etc. y otras formas de expresión de la subjetividad humana (que no son orales ni escritas).

metafórico. Aunque habría que agregar que no es sólo eso, en las figuras metafóricas contenidas en el lenguaje (en su acepción más amplia) se condensan relaciones entre las cosas, formas de entender y pensar el mundo, expresiones que pueden ser vistas como una de tantas formas de acceder a la subjetividad.

Hemos realizado un primer ejercicio interpretativo de los resultados parciales obtenidos hasta ahora en El Fuerte, Sinaloa, a través de la narrativa escrita, recuperados a partir del trabajo de investigación empírica en dicho pueblo mágico. La aproximación empírica realizada a través de las distintas visiones, imágenes y representaciones de esta localidad en diversos textos, ha permitido acceder a distintos *ámbitos de sentido* (Paoli, 2002) configurados desde las subjetividades que han sido identificadas a partir de la tríada *referencia, referente y metáfora* para el análisis e interpretación de los significados implicados en tales subjetividades. Un ámbito de sentido presupone formas de apropiación de tiempo y espacio, orientados hacia formas de experimentar, entender, valorar y decidir, que permiten la captación de regularidades en distintos ámbitos (y contextos) del fluir de la vida cotidiana en el acontecer social.

A continuación presentamos algunos de los hallazgos más significativos de nuestro acercamiento al imaginario social de El Fuerte, a través de los significantes y significados que hemos identificado en la narrativa escrita.

## **Narrativa y diversidad simbólica en El Fuerte**

Hemos encontrado un entramado simbólico diferenciado, en función de las distintas fuentes escritas que hemos explorado hasta ahora. Cada fragmento de la narrativa escrita abre “puertas” distintas, a través de las que es posible acceder a diferentes dimensiones del imaginario social. Ello en virtud de que, como bien apunta Alicia Lindón, “una misma realidad puede ser construida [y narrada] de diferentes formas en función de distintos puntos de vista” (Lindón, 2007, 6) que se forjan a partir de la propia experiencia o de la experiencia de los Otros próximos, situados en coordenadas históricas compartidas temporal o simbólicamente.

Una característica sobresaliente de la narrativa escrita<sup>5</sup> en (y sobre) El Fuerte, es la diversidad simbólica que asumen los sentidos del lugar. Hemos encontrado diferentes tramas narrativas que, si las seguimos, viéndolas por separado, nos muestran itinerarios de significación distintos sobre un mismo entorno socioespacial, como si se hiciese referencia a diferentes demarcaciones y territorios.

Pero si el ángulo desde el que apreciamos esta diversidad es otro, y nos situamos en un enfoque caleidoscópico, tal diversidad permite acceder a un mismo entorno, pero “construido”, simbolizado y narrado a partir de las diferentes historias vividas. Desde esta perspectiva, cada trama narrativa abre “puertas” distintas, a través de las que es posible acceder a diferentes dimensiones del imaginario y sentidos del lugar. Asimismo, cada trama

---

<sup>5</sup> Recuperamos la narrativa escrita a partir de relatos contenidos en libros, reseñas y revistas sobre El Fuerte, de autores locales.

ofrece un crisol de significados que enmarca la subjetividad y el sentido que fluye a través de dichas narrativas, en tanto que totalidad concordante y discordante (Ricoeur, 2006).

La narrativa escrita en El Fuerte, configura nichos de significado de índole diversa en las tramas que hemos identificado. Una de ellas se construye a partir de la historia y el legado indígena, a través de la cual es posible acceder a una dimensión simbólica que engarza naturaleza, etnicidad y lucha por el territorio. Esta trama se encuentra hilvanada por diversos sucesos, anudados al fluir de la historia colonial de la región, con énfasis en las luchas encarnizadas entre indígenas y españoles, en las que se describen con detalle las estrategias y feroces prácticas realizadas para lograr propósitos contrarios: la defensa del territorio ancestral indígena y la conquista “del nuevo mundo”<sup>6</sup>.

Del fragmento que reproducimos a continuación emergen no sólo algunas de las evidencias históricas de la lucha por el territorio sino los asideros simbólicos del autor, que dan sentido a esta trama, en un relato en el que se ponen de relieve los agravios ejercidos por los peninsulares y se justifican las respuestas indígenas aun cuando éstas fuesen equiparables a la magnitud de tales agravios. La herida del proceso de colonización sigue fresca en el imaginario del autor, de ahí que hilvane el relato con adjetivos reivindicatorios de la resistencia indígena en defensa de lo propio.

---

<sup>6</sup> La tensión entre ambos propósitos marcó un largo período de luchas en la fundación de la ciudad de El Fuerte, en el que, a decir de algunos historiadores de la región (Quintero, 2007; Ruíz Bernal, 2005; Miguel, 1994), se distinguen tres momentos: la fundación de San Juan Bautista de Sinaloa, por Francisco de Ibarra en 1564, que fue asaltada e incendiada por los indios y abandonada en 1569. La ciudad fue refundada por Pedro de Montoya en 1583 bajo el nombre de San Felipe y Santiago de Sinaloa, siendo arrasada y quemada por los indios en 1584. Finalmente, con la construcción de la fortificación construida entre 1604 y 1610, Diego Martínez de Hurdaide funda El Fuerte de Montesclaros.

“Como la mayoría de los capitanes indígenas Ayapin fue descuartizado por el Capitán Francisco Vázquez de Coronado (*en 1539*), según por haber desatendido los ruegos de paz, sin embargo el temple indómito de la sangre Mayo-Yoreme no se torció, no agachó la cabeza ni se sometió con esa ejecución perversa (...) Hacía unos meses que el débil fuertecillo de adobe, palizada y horcones construido por el Capitán español Antonio Sotelo de Betanzos (*inicialmente solo con la ayuda de sus criados y esclavos negros*), había sido carbonizado y destruido por el coraje y el perfil de la sangre Sinaloa (...) Al Capitán Pedro de Montoya, los Zuaques lo ejecutaron al rito guerrero de los Mayos, y explica la historia que una vez flechado y vencido Montoya en el suelo desfalleciendo, un guerrero Zuaque se acercó y le traspasó la cabeza a través de los ojos, una jara en cada ojo” (Ruíz Bernal, 2010, 12, 40 y 58).



Mural en hotel de El Fuerte. Fotografía de Adrián García Grimaldo.

Por otro lado, en la narrativa escrita encontramos también una trama en la que el río (bien si se alude a él explícitamente, como si se le refiere indirectamente) constituye un elemento central de lo que podríamos llamar *el mito fundacional prehispánico* de El Fuerte, que anuda la dimensión material del territorio (simbolizado en el Río Fuerte) con la presencia indígena, su cultura y sus símbolos, en la configuración y significación del territorio originario.

El río constituye uno de los ámbitos de sentido en esta trama narrativa. Los significados que salen a flote se materializan en referencias que lo hipostasian, bien como significante omnipresente o como referente de naturalización que fluye a través de diversos significantes próximos (como el malecón, las presas) con los que los sentidos del lugar cuyo significante es el río, remiten a significaciones que trascienden la inmediatez y materialidad de éste como afluente hídrico. El río, como testigo de la historia del lugar y de sus luchas intestinas por el territorio es simbolizado, como seña de identidad y legitimidad de “sus verdaderos hijos”

“Nosotros los que habitamos, los que vivimos en el valle de San Juan de Carapoa a la orilla del río Fuerte Sinaloa somos los verdaderos indios sinaloas, nosotros los fortences que vivimos a la vega del río más caudaloso de la hidrografía sinaloense, somos los reales indios sinaloas, no los habitantes de Sinaloa de Layva o Guasave como por error histórico, por falta de conocimiento se ha dado como cierto que los antiguos del río Petatlán hoy río Sinaloa, son los descendientes de tan aguerrida raza, la nación Sinaloa” (Ruíz Bernal, 2005, 12).

Pero también esta trama narrativa sigue otras veredas simbólicas en las que el río es el protagonista central en las atribuciones de sentido. Hemos encontrado distintos *ámbitos de sentido* cuando este se constituye en referente identitario: el río como naturaleza y cultura, el río como entidad omnipresente y el río como paraíso. En el primero, el sentido del lugar vincula al río con el desarrollo económico y, simultáneamente, con la historia pasada de la región y con el porvenir.

“El río Fuerte constituye, sin duda, la fuente de la riqueza de esta región. En sus aguas se refleja la prosperidad del municipio, pero, el río Fuerte significa algo más que la necesaria riqueza material; representa simbólicamente la cultura de este ámbito regional, y su corriente, en su perenne fluir hacia el Mar de Cortés, funde, amalgama, cohesiona, los recuerdos de un heroico pasado con los permanentes anhelos del porvenir. El río Fuerte es historia y realidad” (Miguel, M., 2000, 11).

El sentido de omnipresencia se hace evidente en aquellos relatos en los que se identifica al río Fuerte con otros que han marcado hitos en la historia mundial pero también en las referencias en las que explícitamente se alude a su significación como un todo.

“... el Río Fuerte, como aquellos grandes ríos del mundo, llámense Nilo, Tigris, Éufrates, Ganges o Brahmaputra (por mencionar algunos que en la antigüedad lo fueron todo), aquí también lo fue todo; y aún lo sigue siendo” (Ibid.).



Río Fuerte. Fotografía de Adrián García Grimaldo.

El valle que nutren las aguas del río Fuerte, es identificado con el paraíso, con la tierra prometida “libre del pecado original”, con el lugar de la eterna felicidad. Para dar credibilidad a tal atribución de sentido se recurre a fuentes históricas, con las que se busca legitimar el contenido narrativo que “envuelve” este sentido del lugar.

“Don Sergio [se refiere al historiador Sergio Ortega Noriega], como religioso que ha sido, tiene conocimiento de causa como para calificar al Valle del Fuerte y su región como aquel bíblico Edén, por el cual los humanos sentimos añoranza” (Ibid., 12).

Una de las variantes de la trama cuyo significativo es el río, se entrecruza con aquella que se erige a partir de la historia y el legado indígena. Es decir, el sentido del lugar

construido a partir de las reivindicaciones y luchas territoriales se encuentra fuertemente imbricado, “encarnado” en el río como significante y referente del *territorio originario*, de ahí que se dispute incluso el nombre del afluente hídrico -considerado original- para arraigarlo al origen precolombino del territorio propio, que es proclamado y defendido en los relatos que hemos explorado.

“El río Fuerte ha sido llamado por varios nombres y el nombre más antiguo es el de río Cínaro o río Sinaloa, fue llamado también río Carapoa o río Zuaque, nombre cahita derivado de la palabra suua (que significa en medio) y huaqui (que quiere decir río de en medio), por su ubicación en la región cahita al sur de los ríos Yaqui y Mayo y al norte de los ríos Sinaloa o Petatlán y Mocorito (...) Río Cínaro o Sinaloa, río Carapoa o río de Santa María de Ahome, o río Fuerte, son el mismo cauce, sin embargo su nombre propio por antigüedad y por su raza es el de Río Sinaloa<sup>7</sup> (...) muchos desconocen el origen del nombre y la tierra del indio Sinaloa creyendo por el nombre del río Sinaloa, antiguo río Petatlán, que la nación Sinaloa floreció en el río Petatlán, cosa errónea e inexacta y como la propia historia demuestra que el valle de Carapoa y el río Cínaro hoy río Fuerte son cuna del indio Sinaloa” (Ruíz Bernal, 2005, 5 y 19).

En esta misma vertiente de la narrativa escrita, la centralidad del río como depositario de sentido se erige –en el imaginario- como protagonista principal que acompaña el acontecer histórico social de aquellos puntos de la geografía por los que

---

<sup>7</sup> El subrayado es nuestro.

encamina su curso. Significado así, el río marca la historia de los conglomerados sociales porque se encuentra unido a ellos en indisoluble vínculo.

“Entonces, la historia de una villa, de una ciudad, de un municipio o de una región es, como lo dijera el ilustre historiador don Filiberto L. Quintero, oriundo de Mochicahui, distrito de El Fuerte, la historia integral del río en cuestión” (Miguel, M., 2000, 11).



Vista panorámica del río Fuerte desde el Museo Mirador. Fotografía de Manuela Guillén Lúgigo.

Pero también encontramos, en esta vertiente de la trama, la disputa del nombre del río, enlazada al significado de expoliación y pérdida cuando se recrea una parte de los sucesos ocurridos durante el proceso de colonización en la región donde hoy se sitúa la ciudad de El Fuerte. Esta disputa anuncia –como puede apreciarse en el siguiente fragmento- la superposición de referentes identitarios para dar sentido al lugar. Mientras

que el nombre de El Fuerte -para identificar al río- lo liga significativamente con el fortín y su significado, en la lucha de resistencia indígena durante la colonización española, el nombre reclamado como original (Cínaro o Sinaloa) es un referente que da sentido al lugar en tanto que territorio originario.

“Un cúmulo de piedras labradas dan marco a esta tierra yerma, testigo silente de un suceso histórico de un acontecimiento que nos robó, que nos usurpó el nombre propio de nuestro río fuerte antigua y originalmente llamado río Cínaro o Sinaloa (...) y así con mucho ahínco y con buena suerte, me encontré con mi metate de Pedro de Montoya, tal vez único vestigio del Fortín Español que construido en el siglo XVI, en el año de 1583, raíz histórica de la pérdida del nombre original de nuestro río, antiguamente llamado río Cínaro o Sinaloa, o de los sinaloas” (Ibid., 21 y 27).

Así como las referencias a aquello que se considera lo originario, “lo propio”, se encuentran plagadas con proposiciones y adjetivos que exaltan la “sangre indígena” y la rebelión de los caudillos indígenas en defensa del territorio, las que aluden a los Otros (los colonizadores) están formuladas con expresiones y términos con los que se les desacredita o se les juzga como débiles o perdedores. Este tipo de referencias las hemos encontrado cuando se alude al fortín construido por los españoles.

“Sotelo de Betanzos también se dio a la tarea de construir un débil fuerte de adobes y horcones el cual no fue suficientemente capaz de detener los ataques de zuaques, tehuecos y sinaloas y fue finalmente incendiado y arrasado” (Ruíz Bernal, 2005, 7).

“Hacia unos meses que el débil fuertecillo<sup>8</sup> de adobe, palizada y horcones construido por el Capitán español Antonio Sotelo de Betanzos (inicialmente solo con la ayuda de sus criados y esclavos negros) había sido carbonizado y destruido por el coraje y el perfil de la sangre Sinaloa” (Ruiz Bernal, 2010, 40).

Las tramas narrativas mostradas hasta aquí se construyen a través de relatos en los que se significa el lugar a partir de referentes y referencias fuertemente vinculados a sucesos de la historia colonial de El Fuerte. Pero también encontramos otras, en las que los sentidos del lugar se construyen a partir de significaciones cuyas atribuciones de sentido están centradas en el presente y, desde esa posición, se juzgan las pérdidas en relación con algunos “asideros” identitarios muy valorados.

Cuando se hace referencia, por ejemplo, a la tradición indígena, el sentido de pérdida fluye a través de las referencias en las que se juzga la originalidad en los símbolos de ciertas prácticas ceremoniales

“Los mayos siguen conservando sus tradiciones, sobre todo, aquellas relacionadas con ceremonias místicas; semana santa, día de muertos, fiestas del santo patrón de la comunidad, etc. (...) Se ha notado en los últimos años una constante alteración o degeneración en la indumentaria que usan en sus danzas o representaciones. Las máscaras de ‘judíos’ que tradicionalmente eran de cuero de algunos animales del monte, ahora las hacen de hule de personajes chuscos, terroríficos, políticos, etc., que el comercio ofrece (...) Las fiestas tradicionales principales, se han ido

---

<sup>8</sup> Los subrayados son nuestros.

transformando en una feria con juegos mecánicos, con tianguis y culmina en baile popular con venta de bebidas alcohólicas” (Parra, 2010, 109-110).

El sentido de pérdida también fluye cuando se hace referencia a las costumbres del pueblo, especialmente a sus formas de sociabilidad y las prácticas de ocio. Se alude, por ejemplo, a que la convivencia familiar, antes característica de los fines de semana, se ha ido perdiendo y que ésta se ha diferenciado por género. Se hace hincapié en que los varones suelen acudir a lugares como La Galera –a orillas del río- a ingerir bebidas embriagantes y que la costumbre tradicional de pasear en la plaza ha ido decayendo (Ibid. 110).

Por otro lado, cuando se significa el carácter del fuertense, se marcan diferencias entre el medio urbano y el medio rural. En el primero, prevalece un carácter considerado “abierto” en lo general pero diferenciado entre adultos y jóvenes, participativo pero con poca iniciativa, alegre y comunicativo pero apático para involucrarse en eventos culturales (Ibid.). En el segundo, se reconocen atributos tales como respeto, nobleza, solidaridad, apego al hogar, franqueza y mayor inclinación a las tradiciones. La atribución de significados, en este caso, se refiere a la población indígena de la localidad (mayos).

“El grupo mayo de las comunidades rurales es muy respetuoso, amigable, celoso de sus tradiciones, guardan secretos de la comunidad, los adultos hablan entre ellos su dialecto, son muy unidos, se tratan con igualdad y respetan mucho a las autoridades”(Ibid.)

## **Conclusiones**

En estos momentos no estamos en posibilidades de hacer apreciaciones concluyentes, cuando la investigación a que nos hemos referido se encuentra en curso y se están explorando diversas narrativas (oral, visual) además de la narrativa escrita. No obstante, podemos plantear en este momento que a partir de esta última son relevantes un par de conclusiones parciales.

En primer lugar, que los relatos constituyentes en las fuentes que hemos explorado transitan de la fortaleza de la cultura Yoreme y la tradición indígena, al apego con el territorio *originario*, escenario de fuertes luchas, en la historia de la región, por la apropiación material y simbólica del mismo. Junto a la materialidad del espacio físico, en tanto que importante fuente de sentido, el río deja de ser un afluente hídrico para convertirse en acompañante silente y testigo de la historia que han construido los fuertenses, con fuertes vínculos con la población originaria.

En segundo lugar, hemos de reiterar que la diversidad simbólica constituye el rasgo sobresaliente de la narrativa escrita, no obstante la centralidad de los elementos arriba señalados. Ello nos anima a continuar escudriñando los diferentes ángulos desde los que se pueden explorar e interpretar las representaciones y sentidos del lugar para acceder a los distintos *rincones* a partir de cuyas múltiples particularidades y trayectorias sociales se significa la experiencia vivida, representada e imaginada en las localidades que se han

convertido en “escaparates” a ser apreciados, disfrutados y consumidos en las prácticas turísticas de nuevo cuño.

## **Bibliografía**

- Augé, Marc. 1997. *El viaje imposible: el turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, Cornelius. 1999. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
- Fariña, Ayelén. 2011. Narrativas urbanas contemporáneas: la intimidad como desubicación. *Revista Imagonautas* 1(1).
- Lindón, Alicia. 2007. El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas. *Revista de Geografía Norte Grande* (37): 5-21.
- Miguel, Víctor. 1994. El Fuerte, Sinaloa: retrospectiva de una región. *Revista Clío*, n°10, pp. 11-15. Versión electrónica disponible en [http://historia.uasnet.mx/rev\\_clio/Revista\\_clio/Revista10/3\\_ElFuerte\\_Velez.pdf](http://historia.uasnet.mx/rev_clio/Revista_clio/Revista10/3_ElFuerte_Velez.pdf)
- Oliva, Jesús y Luis A. Camarero. 2002. *Paisajes sociales y metáforas del lugar*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- Ochs, Elinor. 2000. Narrativa. En *El discurso como estructura y proceso*, Tomo I. Compilado por Teun A. Van Dijk, 271-303. Barcelona: Gedisa.

- Paoli, Antonio. 2002. *Comunicación y juego simbólico*. México: Umbral.
- Parra, Ernesto. 2013. *El Fuerte y sus fantasmas*. Culiacán, Sinaloa: Creativos7editorial.
- \_\_\_\_\_ 2010. *El Fuerte. Un pueblo mágico con tradición*. Culiacán Sinaloa:  
COBAES- Ayuntamiento de El Fuerte – La Crónica de Culiacán.
- Programa Pueblos Mágicos. [www.sectur.gob.mx](http://www.sectur.gob.mx) (10/04/2011).
- Quintero, Filiberto L. 2007. *Historia integral de la región del río Fuerte*. Culiacán Sinaloa:  
H. Ayuntamiento de El Fuerte 2005-2007 – Creativos7 . Colección El Fuerte:  
nuestra historia, Tomo I.
- Relph, Eduard. 1976. *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- Ricoeur, Paul. 2006. La vida: un relato en busca de narrador. *Ágora*, Vol. 25, n° 2: 9-22.
- \_\_\_\_\_ 2001. *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Ruíz Bernal, Lucio. 2010. *Trilogía Mayo Yoreme. La rebelión de los caudillos del Río  
Fuerte*. Guadalajara: Heriberto Lucio Ruíz Bernal.
- \_\_\_\_\_ 2005. *Yo sí soy indio Sinaloa*. Uruapan, Michoacán: López Impresores S.A. de  
C.V.
- Vega, José Julián. 1998. *El Fuerte en la historia*. El Fuerte: H. Ayuntamiento de El Fuerte,  
Sinaloa.